

Los Mexicanos.



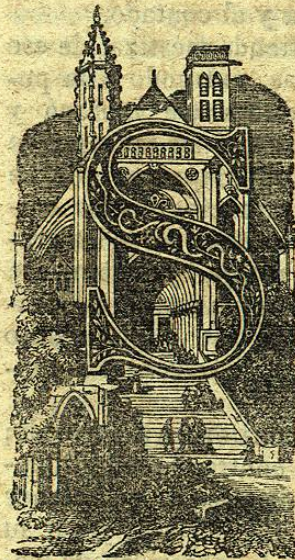
H. Iriarte dibujo.

Lito. de M. Murguía y C^o

EL CAJERO.



EL CAJERO.



E ha dicho, y con razon, que cada cabeza es un mundo. Bien: para que esos mundos ó cabezas sean diferentes entre sí, fuerza es tengan todas y cada una su distintivo de originalidad. Sentado este principio échese vd. á rodar por esos mundos de Dios en busca de tipos originales para escribir un artículo de costumbres, y se quedará como tonto en vísperas, sin saber ni que escojer ni á quien señalar.

Sin embargo, la manía de escribir sobre costumbres, malas por supuesto, el conato pecaminoso de murmurar del prójimo nos hace cortar el nudo gordiano en materia de personalidades, y separando á los

hombres de los hombres, los dividimos en clases como á los animales en especies, y á guisa de publicistas, viniendo de la circunferencia al centro, y de las personas á las corporaciones decimos, por ejemplo, abarroteros, cajeros de pulperia, y para escribir tenemos ya un camino (llamémosle camino al papel), liso como la palma de la mano.

Hemos dicho *Cajeros de pulperia*, ¡magnífico! Caiga sobre ellos este artículo como *chahuistle* en sementera, para roer las mieses y dejar el esqueleto de las plantas. Y bien visto, si comparásemos á las plantas los susodichos *cajeros*, podríamos asegurar que esta planta es, como suele decirse, *carne de perro*, que equivale á tanto como decir, se produce en todas partes con abundancia y bajo cualquier clima.

No hablaremos, pues, de los *cajeros* en su origen, que poco mas ó menos debe ser igual ó idéntico al de todo hijo de su *mamá*, y por otra parte nos entremeteríamos en cuestiones agudas, abstractas, y en una palabra, de imposible comprension. Pero diremos que, ser cajero es una carrera honrosa, un oficio *ad hoc*, una profesion espesofeso para el niño que sale de la escuela, y que, con sus ribetes de aristocracia y sus pelillos á la española antigua, repugna las artes por villanas; y sin tener por otra parte capacidad pecuniaria ó mental para dedicarse á las ciencias, halla en la condicion de hacerse dependiente un vasto porvenir, una via fácil, decente y segurísima para realizar sus ilusiones de amor, y sus ensueños de oro y plata pasta y al contado.

Conque, veamos detrás del mostrador de esa tienda mestiza, de ese almacén heterogéneo, al *cajero*, jovencito apenas, entrando á la pubertad, sus formas imperfectas aun, su voz de duo entre soprano y bajo, enjutas sus mejillas y un tanto pálidas: conserva sus maneras de alumno y es tímido, no osa despachar al primer comprador que se presenta, y para hacerlo pregunta á cada paso los precios de los caldos y semillas, cuida estrictamente del fiel de la balanza, mide los granos y licores con el escrúpulo que tendria una monja, y finalmente comienza por hacerse impopular: los compradores gustan de la rapidéz en los movimientos y de la franqueza en el despacho y el neófito está torpe; le piden un graño mas de sal y lo niega: vamos, el aprendizaje del cajero es fatal.

Pero pasan doce meses y ahí tienen vdes. el meritorio ya formado; gana cien pesos anuales: el trato íntimo que ha contraído con el queso, el hábito que han formado las pasas y las almendras de entretener su paladar, que tiene además la obligacion de hacerse perito y dar su voto sobre la bondad de los licores: por último, la necesidad de madrugarse y de vivir entregado á un trabajo continuo, hacen del cajero un mozo rollizo, bien musculado, de encarnadas mejillas y ademan resuelto: abandonó ya la chaqueta, suprimió el chaleco, proscribió la corbata y relegó, en fin, á un rincón todo aquello que lo constituia meritorio: libre de tan embarazosos adminículos, su atavío es un delantal

de brin, y con las manos callosas y arremangadas las mangas de la camisa, contempla con orgullo sus nervudos brazos, cree que puede desafiar á Turin, y si algo supiera el tendero de historia romana, ambicionaria ser gladiador.

Tiene razon: es ya un despachador diestro, un cajero en debida forma. Comienza á serle familiar el idioma mexicano, y algo entiende del inglés y del francés, lo suficiente para despachar una botella de cerveza ó un cuartillo de coñac: envuelve ochenta papeles de azafran por minuto, despacha las semillas al tacto, mide con la vista el tanto de los licores y maneja las pesas, el embudo, la romana, parte azúcar, destapa un barril subiéndolo antes al polin á competencia con el cargador, forma una cuenta de cuarterola, todo con prodigiosa rapidéz. Ha aprendido el arte de hacerse amable con las criadas y mandaderos; á estos les suelta un dicho colorado, á las otras en el momento de despacharlas las apedrea con garbanzos, y si alguna de ellas merece la pena de un pellizco, lo lleva en el brazo, ó tal vez, al descuido del amo, íntegro el importe de las mercancías. ¡Algo se ha de dar al marchante para tenerlo grato!—Si la criada no es cerrera lleva además un puñado de pasas, un trozo de queso. . . ¡oh! las pasas y el queso que tantas contribuciones pagan, se debia, en atencion á las utilidades muy personales que les saca el cajero, librarlas de toda exaccion aduanal, y cuando menos el dinero empleado en esos artículos, considerarse por los amos como gasto muerto; sí, señor, como gasto muerto.

La carrera literaria es tan disímbola de la carrera monetaria del tendero que á este le importa un pito el cultivo del idioma: ¿sabe despachar con arreglo al tanto por ciento? pues vale mas que la Academia de la lengua; ni qué podrá enseñarnos un mandadero ó mandadera que entra en la tienda sin cumplimientos y pide cuartilla de frijoles y *pilon* de chile? A lo mas, si la criada es *confortable*, se entabla un diálogo ligero, porque el despachador lo provoca, diciéndole:—¿Qué cosa, chula?

—Cuartilla de frijoles, pilon de chile, tlaco de sal: despácheme pronto.

—Pues deme un beso.

—¡Ora sí! ande, despácheme.

—Pues haber la mano.

—Si nó busco. . . ande ó me voy.

—Vaya, chata; qué! ¿no me quiere?

—Para que *quedre* esa *mugre*, y se sonrié, y en premio de su sonrisa se lleva un puñado mas de frijoles, y si, en fin, su condescendencia llega á dar una cita ó prestarse á llevar una carta á su ama, puede jurar en lo sucesivo que aquella tienda y aquel cajero son mejores que todas las tiendas y que todos los cajeros. Conque tenemos ya